

El Camarón y su último elepé, «La leyenda del tiempo»

«A ver si la gente joven se enrolla»

El poso de la oligarquía andaluza — la jerezana —, periodistas, amigos y algún aislado cantaor, se reunieron hace unos días en las bodegas de «Williams & Humbert» para asistir a la presentación del nuevo disco de Camarón. Un nuevo intento, por lo visto, de sacar al flamenco del presunto atolladero creativo en que parece sumirse.

Minutos antes de que comenzara su actuación, el Camarón, visiblemente volado, contestaba como podía a las preguntas de varios periodistas, en la trastienda de la gran cueva. «A mí no me importan los puristas. Para mí no hay cante chico, ni grande, ni ná. O se canta bien, o se canta mal. Yo he hecho esto para ver si así hay más gente que se interesa por el flamenco, a ver si la gente joven se enrolla de una vez con esto. Y mira, no sé, tengo una docena de discos que están ahí, que son «puros», y a lo mejor después de esto vuelvo a hacer lo mismo.» Difícil lo tendrá Camarón. El cantaor que la otra noche apareció en Jerez es un hombre de voz rota, al que apagarán continuamente las guitarras de «Tomatito» y «Raimundo»; que se ahogaba notablemente en los fandangos mientras intentaba compensar sus carencias con latigazos vocales fuera de tiempo, sacados de la garganta con angustia, consciente de que su voz no es la misma de hace cinco años.

Un Camarón desilusionado

Sin embargo, esto podría interpretarse como un lapsus pasajero, como un desafortunado retorno a las fuentes in-

mensamente solas e implacables de la guitarra seca, pero lo preocupante es que le vimos como desilusionado con su cante, como forzado a recorrer sin geniales desvaríos los habituales compases. «Yo sigo siendo el mismo, aunque me haya quitado lo de la Isla, yo sigo siendo el mismo de la isla de S. Fernando, el mismo de la pata negra por más que me haya quedado en Camarón.» Para nosotros, algo más que una simple desaparición fortuita y motivada posiblemente por aquello de la imagen comercial; en el fondo, un reconocimiento implícito de que ya no puede seguir cantando como antes, que necesita como agua de mayo la compañía de los teclados y la batería, que sus cuerdas ya no resisten la primitiva soledad de sus bulerías. Y desde luego el intento sería legítimo, honesto, si su último disco respondiera creativamente a las exigencias de caminos nuevos, y no fuera tan extremadamente frío, sin pizca de los alborotadores repelucos contenidos en el viejo-nuevo flamenco.

El efectista aparato eléctrico

Todo el afectista aparato eléctrico que le acompaña es mera yuxtaposición formal, que no se adhiere, ni de pasada, a los contenidos musicales clásicos. Soslayando nuestra personal opinión sobre si la dialéctica del flamenco está definitivamente muerta, lo cierto es que no puede sustituirse, sin sonrojo, el golpe del martillo en el yunque, tan característico de los martinetes, por el golpeteo de la batería, como parece pretender Camarón en la estrofa final que cierra su «Homemaje a Federico». Ese es un



El Camarón, que ya no es el de la...

gesta impostado, carente de significación y que entra en la peligrosa red de la desnaturalización gratuita. Y lo mismo puede decirse de esa Tarara antiquísima, con guitarra eléctrica y teclado, que aparte de servir como traca final en las noches discotequeras, no rezuma otra cosa que facilidad. Por el contrario, el Camarón clásico del «Amargo» es un cantaor lejano al de los últimos años, y situado en un callejón expresivo notable.

«La leyenda del tiempo», en resumen, nos parece flamenco plastificado, cliché vendible, producto tan agradable e insípido como el de Campuzano, enhebrado en una estrategia de asimilación consumista del flamenco tan peligrosa, aunque menos innoble, que la del viejo nacional-flamenquismo. Un disco perfecto para que el capitoste Ruiz-Mateos pueda beberse su copita de «Fino Pando», sin que le azore la contundencia expresiva del lagrimazo por soleá, lagrimazo antiguo y desfasado según parece, que el flamenco negro, ritual y seco, es un vestigio arqueológico del tiempo en que un puñado de hombres sometía a un pueblo. Camarón & Williams Humbert, una conjunción tan sabia, como «moderna».

ARCADIO ESPADA

TOCINE

RIAN A TERESA

Para su padre, Teresa era una hija respetuosa. Para los niños a quienes enseñaba, Teresa era la esperanza y la ternura. Para los hombres que conocía de noche, Teresa era fácil.

• Todos querían a Teresa.

Diane Keaton es Teresa en **BUSCANDO AL Sr. GOODBAR**

BUENOS DÍAS: BUSCANDO AL Sr. GOODBAR... DIANE KEATON
TUESDAY WELD... WILLIAM AHERTON... RICHARD KILEY... RICHARD GERE
... JUDITH ROSSNER... FRED OF FIELDS
... RICHARD BROOKS